Galicia tiene el don de cambiar de piel con las estaciones. No es solo cuestión de lluvia, que asimismo, sino de ritmo, de costes, de ánimo local. He perdido la cuenta de las veces que he recorrido las Rías Baixas con la nevera portátil en el maletero, o de los otoños que he pasado en la Ribeira Sagrada con ese fragancia a mosto que se mete en la ropa. Escoger bien el instante para pasar las vacaciones en Galicia es prácticamente tan importante como seleccionar el alojamiento o la senda. No se trata de acertar por casualidad, sino de cuadrar esperanzas con realidad: si buscas calor y bullicio, una cosa; si ansías silencio, otra muy distinta.

A continuación, ordeno lo aprendido a base de kilómetros, aguaceros repentinos y mesas compartidas en tascas portuarias. No todos viajamos por lo mismo, así que la clave está en desposar tu plan con el calendario.

Verano en su pico: junio a agosto

La temporada alta en Galicia se siente en los arenales, en las terrazas y en la lista de espera del marisco. Desde San Juan hasta mediados de agosto, el turismo de playa en Galicia hierve. El agua del Atlántico no se vuelve Caribe, mas la temperatura del aire acompaña. En las Rías Baixas, un mediodía de julio puede marcar veintisiete o veintiocho grados, y la brisa compensa. En A Coruña, el termómetro acostumbra a quedarse un tanto más bajo; en la Costa da Morte el verano corre más fresco, y por eso allí se agradece un suéter al atardecer, incluso en el mes de agosto.

Si te mueve el mar, acá encuentras su mejor cara: calas limpias en O Grove, arenas larguísimas en Carnota, playas urbanas con vida a cada paso como Orzán y Riazor. El turismo de playa en Galicia tiene un punto práctico que atrae a familias: parking razonables en muchas playas fuera de las más famosas, chiringuitos sin pretensión y un entorno que deja siesta con niños. Atención, eso sí, a la pleamar en médanos como A Lanzada o Patos, y al mar de fondo en la Costa da Morte, que impone su ley.

El precio de la popularidad se aprecia. Para reservar casa vacacional en Galicia a pie de playa entre el 15 de julio y el veinte de agosto, es conveniente moverse con tres o 4 meses de antelación, 6 si deseas piscina y vistas. Las noches de hotel suben fuertemente en Sanxenxo, Baiona o Vigo cuando coinciden conciertos y fiestas. En Cambados, a lo largo de la Fiesta del Albariño, un sábado de agosto multiplica la demanda y los importes por noche no excusan. Quien se retrasa termina durmiendo a veinte o treinta kilómetros de su playa ideal.

El verano gallego asimismo significa fiestas patronales, fiestas y romerías. Para ciertos, esto redondea el viaje; para otros, añade estruendos si procuran descanso. En Betanzos, las “Marías” y los globos le dan carácter a mediados de agosto. En Catoira, los vikingos desembarcan la primera semana de ese mes y la villa entera vibra. En O Navío, la Festa do Viño de Valdeorras llena bodegas y plazas. Hay que revisar el calendario local si eres de sueño ligero.

Septiembre y octubre: las semanas de oro

Cuando los pequeños vuelven al cole y la corriente turística baja, Galicia entra en su mejor temperamento para quien viaja sin prisa. Septiembre conserva agua templada, cielos largos y costes que aflojan. En la costa, la ocupación cae un 30 o 40 por ciento respecto a agosto, lo que significa terrazas sin lista y posibilidad de improvisar una mesa con vistas en O Grove o A Guarda. Si la idea es pasar las vacaciones en Galicia combinando playa y cultura, estas semanas resuelven muchos compromisos: por la mañana baño y por la tarde casco histórico en Pontevedra o Noia, sin atasco ni carreras.

El interior reluce de otro modo. Llega la vendimia en Valdeorras y Ribeiro, y en la Ribeira Sagrada los viñedos escalan como escaleras. Hay bodegas que aceptan visitas y catas sin demasiada burocracia, y los miradores a los

cañones del Sil se disfrutan sin barandillas humanas estorbando la foto. El turismo rural en Galicia halla aquí su mejor estación: chimeneas listas de noche, caminos con setas y un silencio solo interrumpido por los cencerros.

Para reservar casa en Galicia en el mes de septiembre, las ventanas de oportunidad se abren. Un truco que repito: contactar directo con la casa rural o el dueño tras ver el anuncio en una plataforma. Consultar por estancias de domingo a jueves reduce costo y evita estancias mínimas de fin de semana. Además de esto, el tiempo todavía permite comer fuera casi día a día. Las tardes refrescan, sí, mas basta una prenda más. Y si te apetece playa, la luz de las 6 de la tarde tiñe de oro las Cíes o Barra.

Primavera: abril y mayo con matices

La primavera gallega es variable, y eso es parte del encanto. Abril trae praderías intensas, huertas en marcha y un Atlántico que alterna días plácidos con galernas repentinas. En el mes de mayo la media de temperaturas ya invita a terrazas sin bufanda en las Rías Baixas, mientras que en A Costa da Morte todo avanza dos semanas después. La Semana Santa, cuando cae en el mes de abril, pone a prueba carreteras y plazas si acompaña el sol. Es un termómetro de lo que va a venir, con un comercio que se activa, guías que reabren sendas y puestos que pintan maderas.

Para quien desee caminar el Camino sin el bullicio de junio, finales de abril y mayo obsequian etapas verdes, prados con flores y una hostelería con ganas. En el litoral, los médanos prosiguen extensos y desiertos entre semana. Nadie te apura por recoger la toalla a las 3, si bien la brisa invita a moverse. En gastronomía, llegan las primeras almejas finas de Carril con fama de reinas y los percebes de costa batida, que en días de mar dura se vuelven un lujo más caro. Reservar casa vacacional en Galicia en el mes de mayo suele ofrecer una relación calidad coste más afable que en otro mes cálido, singularmente en segundas líneas de playa.

Invierno: calma, chimeneas y mercados

El invierno no es temporada muerta, es temporada íntima. Cierran algunos alojamientos de playa, cierto, pero el turismo rural en Galicia cobra protagonismo. Casas de piedra con lareira, desayunos lentos y sendas cortas bajo carballos. La luz entra de lado y el mar, en días de temporal, ofrece un espectáculo en Muxía o Roncudo que corta la respiración. Hay quien viaja solo por esto: mirar olas con abrigo y gorro, y luego un caldo gallego bien humeante.

Las ciudades lucen. A Coruña sostiene vida comercial y gastronómica todo el año, y su camino marítimo en enero tiene ese orden de rutina que se agradece. Santiago sin peregrinos de verano se degusta mejor: plazas menos ocupadas, bares sin apreturas y la catedral con eco suave. En Rías Baixas, muchos restaurants trabajan con producto de lonja más estable, y en Vigo, aunque el fenómeno de las luces navideñas multiplica visitantes en diciembre, enero y febrero vuelven a la normalidad. Si lo tuyo es comer y leer, esta estación lo da todo.

En coste, el invierno es la hora de las baratijas prudentes. Con salvedades puntuales en puentes y en Navidad, puedes encontrar casas con jacuzzi o vistas a ría a mitad de lo que cuestan en el mes de agosto. El peligro, claro, es meteorológico. No vengas buscando cuatro días seguidos de sol sin nube. Ven, más bien, a abrazar el clima: botas, impermeable y ganas de plan B, como visitar Fisterra con bruma o un museo del mar en Vigo cuando el cielo se pone serio.

Dónde encaja cada tipo de viajero

La resolución entre temporada alta y escapadas sosegadas no depende solo del calendario. Depende de cómo te gusta ocupar el día. Quien viaja con niños pequeños agradece la logística resuelta de agosto: socorristas en

playas populares, heladerías abiertas a cualquier hora, previsibilidad de horarios y entornos. Parejas que procuran calma, gastronomía y conversación larga encuentran su estación en el mes de mayo, junio temprano y septiembre. Apasionados a la fotografía, atentos a la luz rasante y a cielos con textura, gozan como nunca en octubre y febrero.

Si el plan gira alrededor del turismo de playa en Galicia, la franja de finales de junio a mediados de septiembre es la que ofrece más garantías de baños largos, sin olvidar que el agua pocas veces sube de 22 grados. Para los que priorizan el turismo rural en Galicia, con rutas, bodegas y noches estrelladas, la primavera y el otoño ganan por goleada. Y si tu agenda no te deja salir más que en el mes de agosto, hay soluciones: seleccionar costas menos sobresaturadas como Ortegal, O Barqueiro, la Mariña lucense, o playas amplias de la Costa da Morte donde los metros cuadrados por toalla siguen siendo decentes.

Microclimas, mareas y esas pequeñas letras del viaje

Galicia es un rompecabezas de microclimas. En exactamente la misma semana de julio puedes broncearte en la ría de Arousa y precisar una chaqueta en Muxía. El anticiclón de las Azores decide en parte, y el resto lo hace el relieve. Los vales interiores acumulan calor al mediodía, al tiempo que el norte se refugia en nubes viajantes. Esto no es un problema si lo integras en el plan. Dos ejemplos reales: he comido al aire libre en Combarro un 15 de marzo con 19 grados y he pasado fresco en Carnota un 3 de agosto con 18 y viento. Preparación ligera y flexible, y todo encaja.

Las mareas importan, y mucho. En playas como As Furnas o A Lanzada, la bajamar regala orillas largas y caminables; en pleamar, el mar muerde la arena y obliga a recolocar sombrillas. Si piensas saltar a las Cíes o a Ons, resulta conveniente estudiar horarios de navíos, que en temporada baja dismuyen o desaparecen entre semana. Por otra parte, los bosques caducifolios del interior cambian por semanas, y el pico de color otoñal en la Ribeira Sagrada acostumbra a moverse entre el veinte de octubre y el 10 de noviembre. Ajustar esas fechas te regala paisajes imborrables.

Precios, reservas y márgenes de maniobra

La diferencia de coste entre temporada alta y el resto puede superar el doble en los puntos más demandados. Esto no significa que en el mes de agosto todo sea caro, sino la relación calidad costo se extrema según la localización. Sanxenxo, Portonovo, Baiona y O Grove, primera línea y servicios, son más exigentes con la cartera. A 15 minutos tierra adentro, en Meaño, Dena o Gondomar, el presupuesto respira. Para reservar casa vacacional en Galicia sin sobresaltos, marcha bien la antelación conjuntada con flexibilidad en ubicación. Tres búsquedas paralelas, 3 radios diferentes, y decidir por sensaciones y acceso.

Cuando busco base costera en verano, priorizo sombra natural en el jardín, ventilación cruzada y, si hay niños, césped frente a piscina. En las rías sopla la brisa por la tarde y un porche bien orientado vale más que el aire acondicionado, que muchos alojamientos ni necesitan. En el interior, afecto paredes gruesas y mosquiteras, y pregunto por la distancia al bar del pueblo si pienso desayunar fuera. La letra pequeña, como política de *Gran publicación para leer* cancelación y consumos incluidos, a menudo se negocia con trato directo. En septiembre, muchos dueños admiten estancias de 4 noches que en el mes de agosto no ofrecen.

Aquí es conveniente una lista breve para no perderse entre detalles.

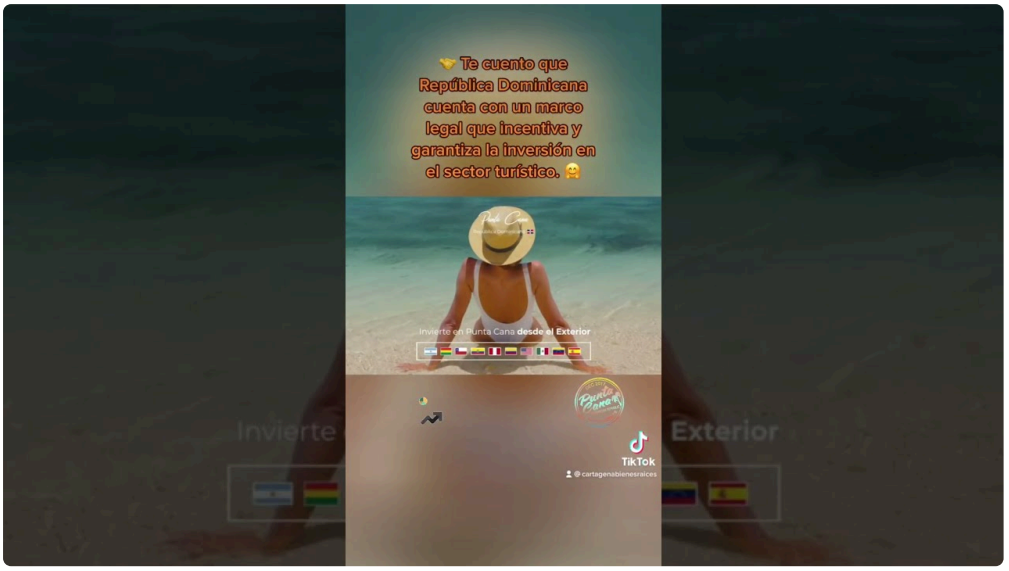
- Consejos para reservar casa en Galicia sin abonar de más:
- Mirar el mapa, no solo las fotos. En costa, la distancia a la playa engaña si hay cuestas.
- Preguntar por orientación y sombra. Las tardes del oeste calientan porches y habitaciones.

- Revisar mareas y accesos si la playa es calita. No todas y cada una son cómodas para carros.
- Contactar directo tras ver el anuncio. En ocasiones incluyen limpieza o cuna sin coste.
- Confirmar servicios abiertos fuera de agosto. Chiringuitos y barcos reducen horarios.

Gastronomía estacional: cuándo sabe mejor qué

El marisco tiene temporadas, y se aprecia. El percebe luce tras temporales fríos, la nécora se festeja desde julio a octubre, el bogavante gallego hace felices a muchos paladares entre verano y principios de otoño. Las almejas de Carril, reinas todo el año, se disfrutan con distinta textura según salinidad y lluvia. El pulpo a feira es omnipresente, mas quien viaja en el mes de octubre o noviembre coge ferias más genuinas, menos lance turístico y más paisanaje. En otoño e invierno, los platos de cuchase reconfortan: caldo, lacón con grelos, cocidos que piden siesta.

Si buscas fiesta gastronómica, agosto es un calendario encadenado, con la Festa do Marisco de O Grove esperándote a inicios de octubre como coda. Para catas, el Ribeiro y Rías Baixas abren puertas en primavera y otoño con calma. Y si pretendes anudar cena con vistas en verano, anota que los turnos se han impuesto en locales muy demandados. Un truco que funciona: reservar primer turno a las 20:30 y ver atardecer desde el camino después, sin prisas.



Playas icónicas o rincones serenos

No todo el que aterriza en Galicia busca las mismas arenas. Hay quien sueña con las Cíes, con su Moscú de grano y aguas de postal. Claro que vale la pena la excursión, sobre todo en septiembre, cuando los cupos siguen, pero la presión baja. En el mes de agosto, si decides ir, compra billete múltiples días ya antes y madruga para el primer barco. En Ons, el entorno es más aldeano y la gastronomía insular ofrece sorpresas. Fuera de las islas, la costa de Barbanza guarda secretos como Cabío y Touro, y en la Mariña lugués, la playa de Esteiro o Xilloi comparten belleza con menos gente que su célebre vecina As Catedrais.

En la Costa da Morte, Traba y Área Maior dejan pasear sin chocar hombros ni en pleno verano. Eso sí, mar con respeto. En Ría de Muros y Noia, Ancoradoiro y San Francisco suman viento a veces terco, pero compensan con vistas a Monte Louro. En Baiona, la playa América reúne familias, y la tarde se extiende con camino por el Parador y su muralla. Elegir bien tu base reduce quilómetros y aumenta bienestar. Si lo tuyo es alternar baño y cena con tapeo, Rías Baixas. Si prefieres dramatismo y horizontes, Costa da Morte. Si te llama la mezcla de dunas y pinares, Barbanza. Y si buscas verdes, ríos y pozas, interior con fervenza y sombrío.

¿Cuándo no conviene ir?

Decir “no conviene” suena rotundo, pero hay instantes menos agradecidos si tu plan es muy concreto. Si sueñas con playas de postal y mucha tranquilidad a la vez, evita la franja que va del 1 al 20 de agosto en Rías Baixas. Si quieres pisar viñedos en vendimia, confirma datas con bodegas, pues hay semanas de trabajo interno sin visitas. Si vas por el Camino y te agobian las multitudes, julio y agosto por el Francés pueden decepcionar. Si deseas observar aves en estuarios, mayo y septiembre rinden mucho más que pleno agosto.

También conviene saltar algunos fines de semana de puente si te agobian los atascos: mayo, octubre y diciembre concentran desplazamientos desde Madrid y norte de Portugal cara la costa. En esos días, un giro inteligente es tirar al interior: Allariz, Celanova, Arzúa, con plazas menos sobresaturadas y restaurants con hueco.

Encajar datas con propósito

La mejor temporada para pasar las vacaciones en Galicia aparece cuando cruzas 3 variables: qué tiempo toleras, qué actividades priorizas y cuánta gente te apetece alrededor. Para playa y vida social, la ventana de verano rinde. Para caminos, vino y charla, los hombros de la temporada son oro. Para recogimiento, chimenea y mar bravío, el invierno es tu aliado. Y para los que viven atados a las vacaciones escolares, existen planes para salvar agosto sin sobresalto: costa norte, rías menos famosas, horarios tempranos, reservas con margen y expectativas alineadas con el bullicio.

Galicia recompensa a quien se toma 5 minutos para leer las mareas, anotar fiestas locales y confirmar si el chiringuito preferido va a abrir ese domingo. Asimismo a quien se permite improvisar entre semana en septiembre o en mayo, cuando el territorio se muestra sin maquillaje. Los que vivimos o repetimos sabemos que la lluvia, cuando cae, mejora el caldo, limpia el aire y despeja los arenales. Y que el sol, cuando aprieta, colorea rías, bateas y viñedos con una luz que engancha.

Elijas cuando elijas, afina el mapa igual que afinas el calendario. Y si la idea es reservar casa vacacional en Galicia con tiempo y buen criterio, recuerda que no hay una sola Galicia, sino más bien muchas. La tuya aparece cuando la buscas en la estación conveniente para tu forma de viajar.